

cer de simple portavoz de las tesis del Gobierno en todo este asunto, como "El País", no se da por satisfecha con las explicaciones oficiales del teniente general Gutiérrez Mellado ante el Pleno del Congreso. Y en el mismo número del domingo 26, en el que se informaba de las optimistas declaraciones de Martín Villa en Londres, donde asistía a una reunión internacional sobre terrorismo, en el sentido de que Fraga y su grupo no habrían logrado utilizar el complot en provecho propio, el propio director del periódico, Juan Luis Cebrián, se quejaba abiertamente de la negativa del Gobierno "con la colaboración de la izquierda, a un debate parlamentario sobre el tema, dando la impresión de que o no tenía aún la información suficiente o que la información que tenía no se atrevía a darla".

Y añadía Cebrián, tras dar por buena, en estas circunstancias, cualquier hipótesis sobre el frustrado golpe: "Aquí, de operata, nada".

Incluso el socialista Enrique Múgica, nada sospechoso de radicalismos verbales, reconocía la existencia de más responsables que los que habían salido hasta el momento a la luz: el teniente coronel Antonio Tejero, de la Guardia Civil; el capitán de la Policía Armada, Ricardo Sáenz Inestrilla, y un tercer hombre, cuya identidad no ha sido revelada. Sobre la mujer de la que se habló en los primeros momentos ha caído una cortina de silencio. Y nada se ha dicho, por ejemplo, de ningún presunto civil implicado. De lo único de lo que parece haber certeza es de que fueron bastantes los militares con quienes entraron en con-

tacto los golpistas; bastantes también, los jefes informados sobre la intencionalidad por sus inmediatos inferiores, y, sin embargo, muy pocos, alarmantemente pocos, los que, por disciplina o acaso porque ellos mismos no estaban convencidos de la viabilidad del golpe en estos momentos, se decidieron a hablar. ¿Cuántos pecaron entonces por omisión?

Lo cierto es que la ya bautizada "operación Galaxia" ha contribuido estos días a aumentar la venta de periódicos. Ante las ambigüedades de la televisión, que se ha limitado casi a dar las escuetas notas oficiales sobre el tema, los españoles se han volcado sobre la prensa escrita en busca de nuevos datos, de algún nombre nuevo que les permitiera reconstruir la trama del complot. Esfuerzo inútil. Porque desde que "Diario 16", el sábado 18, y "El País", el domingo 19, dieron a conocer a la opinión pública las primeras noticias sobre el proyectado golpe, nada nuevo ha trascendido.

Únicamente Fraga ha tenido que rechazar una supuesta im-



plicación en el golpe como la que le atribuía recientemente el periódico italiano "La Republica", al que el líder aliancista había concedido una entrevista. El señor Fraga acusó al periódico de manipulación de ciertas declaraciones suyas, y aprovechó la ocasión, naturalmente, para afirmar que respetaba "dema-

siado a las Fuerzas Armadas, columna básica del Estado, para pensar ni por un momento en ningún tipo de conspiración militar".

A río revuelto, ya se sabe, ganancia de pescadores. Y el señor Fraga es —él mismo se ufana de serlo—, en el arte de la pesca, todo un campeón. ■ J. R.

## La izquierda, bajo la espada de Tejero

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

**C**UALQUIER observador extranjero que llegase a Madrid el sábado 18 de noviembre de 1978, rápidamente echaría un vistazo al calendario para saber si es que acaso no estábamos en 1975. Las noticias sobre un pretendido complot de algunos militares en todos los periódicos, comunicados y llama-

mientos de los partidos obreros y centrales sindicales, declaraciones de líderes políticos sobre las posibilidades del golpe de Estado, la toma de ciudad por las milicias de la extrema derecha, la concentración en la plaza de Oriente, parecían más propias de noviembre de 1975 y provocaban la sorprendente interrogación de si Franco había

muerto realmente o había resucitado.

Perplejidad que aumentaría al comprobar la sorpresa con que la izquierda en general presenciaba los acontecimientos. Porque hasta el mismo viernes anterior, la discusión política se centraba esencialmente en la elaboración del pacto social y en la polémica sobre si el PSOE debería formar gobierno con UCD antes o después de las elecciones generales. Precisamente la misma noche del extraño y confuso complot militar, Santiago Carrillo proponía en el Club Siglo XXI la participación socialista en el poder con anterioridad a cualquier convocatoria electoral.

La reacción fue inmediata en defensa de la democracia y la Constitución. Con la excepción de la extrema izquierda, que parece anhelar estúpidamente una involución dictatorial, socialistas y comunistas han condenado unánimemente el intento de golpe de Estado. La discrepancia aparece una vez más en las formas que ha adoptado esta condena por parte del PSOE y del PCE; aunque al

A pesar de todo, el Jefe del Estado decidió no suspender su viaje a Hispanoamérica. En la foto, Su Majestad el Rey don Juan Carlos brinda junto al Presidente mexicano, López Portillo.



## LA IZQUIERDA

hablar de esta última organización hay que matizar muy considerablemente las posiciones del PSUC ("La Vanguardia", martes 21), después de la reunión de su comité central, que parecen coincidir —en este análisis concreto— con las posiciones del PSOE en lugar del peculiar análisis de Santiago Carrillo.

Planteamientos divergentes del PSOE y del PCE que empalman —señalarlo no carece de importancia, porque estos acontecimientos están estrechamente conexados sobre la polémica posconstitucional anteriormente citada— con la exigencia socialista de reclamar elecciones legislativas y con los deseos comunistas de mantener a Adolfo Suárez tres años más en el palacio de la Moncloa. Y es que toda la historia sobre el golpe de Estado está tan, y si cabe más, relacionada con lo que va a ocurrir después del 7 de diciembre como con los resultados del día 8.

### El esquema de 1931-1936 del PCE

En este contexto, hay que insistir en que, no hay que olvidarlo, el PCE vuelve a cometer el error de caer en el esquema 1931-36, que ha caracterizado toda su reciente historia política. Al igual que consideró que la salida del régimen dictatorial iba a ser análoga a la del 14 de abril de 1931 —no hay más que releer "Mundo Obrero" y "Nuestra Bandera" a lo largo de los últimos diez años—, con su Gobierno provisional incluido, hoy considera que estamos en vísperas de un nuevo 1936 llamando a cerrar filas con el Casares Quiroga de turno y convocando a la huelga general si el complot triunfa (como si ella fuera posible después de tres años de intensa desmovilización política y social) cuando ni la situación política nacional ni internacional y ni, fundamentalmente, el mismo sistema capitalista guarda ni la más mínima conexión con aquel esquema.

Esta visión, comprensible en una vieja dirección cargada de historia de aquella época, tiene la virtud de alertar contra una posibilidad —no una probabilidad— que no hay que desestimar, la experiencia antifascista de estos hombres, su constatación de que bajo una nueva dictadura estarían tan aislados en la lucha clandestina como estuvieron bajo el franquismo y de que los demás partidos volverían a los cuarteles de invierno (al igual que parte de la dirección comunista al exilio dorado de los países del Este), da todo un

inmenso valor político a este llamamiento por venir de quien viene, independientemente de que la valoración sea o no desorbitada en función de unos intereses partidistas. A pesar de que diez años de fracaso no es el mejor balance para ser creído ante esta denuncia, no es cierto, como dicen algunos comunistas, que basta que lo afirme Santiago Carrillo para estar seguros de que no existe algún peligro. Pero la conclusión de este justo llamamiento —cerrar filas en torno a Adolfo Suárez con una u otra fórmula— desvirtúa todo su enorme contenido político. Porque no acaba de comprenderse bien cómo el Gobierno, responsable de que parezca que vivamos bajo el franquismo, no es el más indicado para cortar de raíz todos los factores objetivos que están alimentando subjetivamente las posibilidades golpistas: lentitud del debate constitucional, instrumentalización de la economía con fines políticos para evitar confrontaciones electorales, falta de autoridad ante la rebelión de algunos sectores de los aparatos de Estado, ausencia de una reforma administrativa, descafeinamiento de las autonomías y tolerancia abierta de los

grupos conspiradores para chantajear a la izquierda.

Así, la valiente denuncia comunista se desvanece a la hora de apoyar incondicionalmente a quienes, simultáneamente por activa y por pasiva, alimentan las tentativas golpistas. En otras palabras: mantener por tres años al Gobierno de Adolfo Suárez, independientemente de la innegable voluntad democrática y extraordinaria habilidad del presidente del Gobierno, es el camino más corto para que el golpismo adquiera la base social de la que hoy carece.

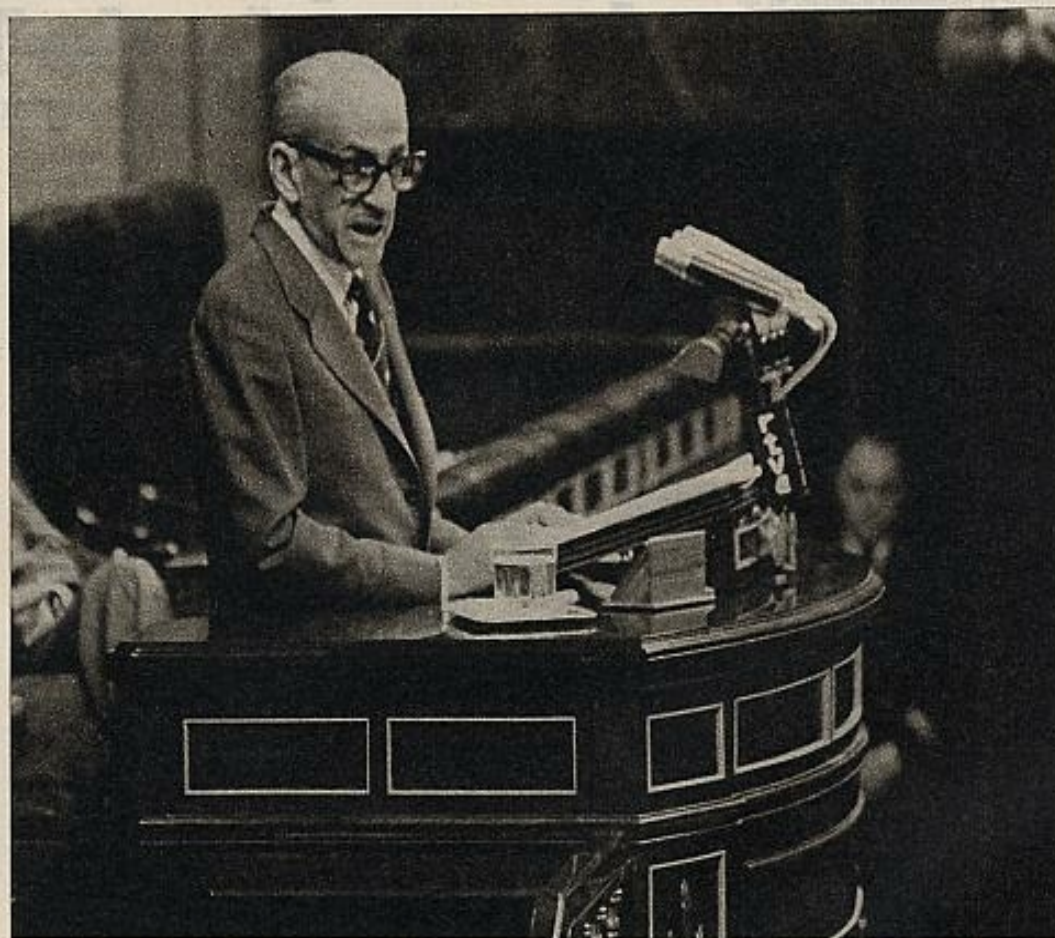
### El acuse de recibo del PSOE

Por el contrario, el PSOE pone el dedo sobre la llaga cuando señala, en el comunicado de su dirección, la necesidad de establecer un calendario político y económico que facilite la posibilidad de organizar un Gobierno fuerte en base a una amplia mayoría parlamentaria que surja de las elecciones legislativas y municipales. No es que sean más capaces o más inteligentes que los comunistas, sino que, sencillamente, sus intereses como partido coinciden con

los intereses objetivos del proceso democrático.

Pero este planteamiento va a cobrar todavía formas más socialdemócratas. El PSOE ha tomado nota del acuse de recibo del complot, dirigido fundamentalmente contra su propia alternativa de poder, y manteniendo con firmeza sus posiciones las va a envolver en formas mucho más suaves. La misma intervención de Felipe González en RTVE, días después del complot, era sumamente indicativa de cómo los vientos socialdemócratas van a arrear por los paillos de García Morato, 185.

A la vez, y como consecuencia de ello, el ala marxista del partido queda en un callejón sin salida. Aunque la discusión entre los dos sectores tiene más bien un carácter estratégico que táctico, es evidente que el reforzamiento sustancial de la táctica socialdemócrata que se avecina va a afectar, ya, sin ninguna duda, a sus fines estratégicos... Al verse obligado el PSOE a girar todavía más a la derecha, para ofrecer una alternativa de gobierno en colaboración con un sector de la derecha, el sector marxista de la organización va a quedar como la cobertura de



Las explicaciones del vicepresidente para la Defensa en el Congreso no añadieron nuevos datos sobre la "operación Galaxia".



El teniente coronel Tejero Molina, cabeza visible de la frustrada conspiración.

Izquierda y conciencia crítica de un partido forzado cada vez más, desde la derecha y desde la izquierda, a ser un gestor eficaz de los intereses del sistema.

Porque la gran paradoja de esta situación es que si la conclusión comunista anula una estratégica antifascista real, la conclusión socialista puede frenar o acelerar el golpismo, según triunfe o fracese. Pero, hay que repetirlo, según triunfe en una dirección concreta, porque una victoria considerada demasiado de izquierdas precipitaría el golpe tanto como su fracaso, dado que entonces el bloque social hegemónico no tendría más alternativa que, con gran dolor de su corazón, la vuelta a la involución dictatorial.

Y es que en cualquier dirección, la espada del teniente coronel Tejero ha rendido ya su fruto en el seno de la izquierda; de cara al pacto social, a la defensa de un texto constitucional que no se explica políticamente, a la agudización de la lucha en el seno de la izquierda, a la debilitación de unos sindicatos que tienen que rebajar la defensa de sus afiliados por razones obvias, al fortalecimiento de la política socialdemócrata del PSOE y al aislamiento del PCE, así como ha creado un clima desfavorable ante las consultas electorales municipal y legislativa, ya que, ¿va a mantenerse el importante crecimiento electoral del PSOE y el mínimo del PCE, que marcan todos los sondeos, bajo la espada de Tejero? Repetidamente se ha dicho desde las páginas de TRIUNFO, a través de la pluma de Haro Tecglen, que una amenaza de golpe es más rentable que el golpe mismo, para la derecha. Así, entre la posibilidad de golpe de hoy y la probabilidad de golpe de mañana, si se mantiene el "statu quo" político, la izquierda tiene ante sí una estrecha opción política. ■

## En la cafetería Galaxia se habló de Cataluña

MANUEL CAMPO VIDAL

**E**n la cola del puente aéreo Barcelona-Madrid o Madrid-Barcelona, que es donde puede entrevistarse con facilidad a cualquier político catalán sin hora previa concertada, un diputado de la izquierda sentenciaba así las repercusiones del fallido complot militar: "En realidad el golpe ya está dado".

Entre los varios ejemplos barajados para justificar su temor de que la izquierda no va a tener más remedio en algún momento que reducir su presión en el Parlamento, destaca poderosamente el tema de las autonomías y el caso de Cataluña en particular. Según el calendario inicialmente previsto y que no ha sufrido modificación alguna durante el primer semestre de 1979, Cataluña debía tomar la carrerilla autonómica suficiente ya iniciada desde el restablecimiento provisional de la Generalitat que le permitiera tomar el vuelo de autogobierno, aunque siempre en el espacio aéreo delimitado por la Constitución española. En ese medio año se debería aprobar el Estatuto en las Cortes de Madrid, someterlo a referendo entre la población catalana, convocar elecciones legislativas para el Parlamento unicameral catalán y que los nuevos diputados eligieran democráticamente al nuevo presidente de la Generalitat.

Nada de todo esto ha quedado formalmente desmentido, ni siquiera formalmente en entredicho, pero más allá de las posiciones oficiales y de las declaraciones de los políticos a la prensa, se advierte una enorme preocupación por la coincidencia que pueda darse entre otro momento crítico como el vivido hace dos semanas y la antelata de la puesta en marcha definitiva de la autonomía catalana.

Todas las aproximaciones al núcleo central de la disconformidad militar estudiada como origen o justificación del complot, dan como punto destacado el título octavo de la Constitución democrática referido precisamente a las autonomías y cualquier supuesta ejemplificación daría inmediatamente el nombre de Cataluña como autonomía más avanzada y con mayores posibilidades de avanzar todavía.

"Cataluña estuvo, junto con otros temas, encima de la mesa de la cafetería Galaxia", podría resumirse de una rápida encuesta entre políticos y observadores.

El que ese momento crítico pueda llegar a plantearse de nuevo va a depender de muchos factores difícilmente programables en las actuales circunstancias: el Gobierno, de su fuerza, de su capacidad para revelar hasta los últimos detalles y alcance del complot, de la aplicación que se haga contra los conjurados del Código de Justicia Militar, etc. Pero dependerá también del nivel de recuperación que haya experimentado la derecha en Cataluña hasta aquellos momentos, nivel por otra parte difícilmente cuantificable sin la existencia de unas elecciones legislativas que rechazan casi todos los partidos catalanes.

Por empeño en recuperar la derecha catalana, sin embargo, no va a quedar nada por celebrarse. Mientras se recurre a los más desusados recursos demagógicos para poner en mar-

cha una peligrosa "guerra de las comarcas" que a la llamada de UCD, por lo menos y deseablemente sólo UCD, puede precipitarse sobre Barcelona una "marcha" de las comarcas en demanda de una mejor representación en el Parlamento catalán, representación que mejora esencialmente el peso de la derecha. Entre tanto persiste alguna duda todavía en algunos sectores de la izquierda sobre la necesidad de formar candidaturas comunes junto con Convergencia Democrática para los Ayuntamientos, la derecha presenta en Barcelona su coalición Centristas de Catalunya, que agrupa por el momento a la UCD de Suárez-Sentís, a la UCC de Güell-Mollins y a un grupo de algunas docenas de personas denominado Unió Democràtica per un Centre Ampli, que tiene todo el valor que pueda tener resumido en el apellido Cañellas.

El objetivo sería como siempre se ha dicho, pero no se desespera obtener la participación de Jordi Pujol y de incorporar a Pere Durán Farell, especie de líder del empresariado neocapitalista catalán. No se descarta a estas alturas que Durán Farell termine por aceptar a pesar de sus desmentidos diarios y su colocación en el próximo Gabinete Suárez como ministro de Industria y Energía, cargo para el que ya lo promocionaba hace algunos años Gregorio López Bravo cuando le fue encomendada la cartera de Asuntos Exteriores. Se asegura que entonces, y más tarde cuando se le ofreció la Alcaldía de Barcelona, Durán Farell dijo que no después de consultar con Jordi Pujol. Por eso no faltan pronósticos de que la real entrada del "manager" catalán en la política pudiera producirse por la vía de Convergencia Democrática, partido de enorme credibilidad, pero cuyos nombres prestigiosos se reducen a tres: Pujol, Roca Junyent y Trias Fargas.

Para la configuración de un centro amplio no se descarta incluso algún sector del electorado cuando menos de Esquerra Republicana, histórico partido que en su reaparición en Cataluña después de cuarenta años perdió el liderazgo y obtuvo un solo diputado, el químico Heribert Barrera, y aun con la ayuda del PTC y de Estat Català. Esquerra Republicana, repleta de viejos y no tan viejos militantes de extraordinaria moral, vive, sin embargo, en estos días un pequeño drama al defender la abstención en el referéndum constitucional y aparecer el presidente Terradellas, a quien en realidad votaban muchos catalanes cuando lo hacían en favor de Esquerra Republicana, defendiendo un rotundo sí con todo el Gobierno de la Generalitat, en el que para mayor complicación figura un hombre de Esquerra Republicana, que también ha dicho sí, el consejero de Agricultura, Roig.

La operación de relanzar la Derecha Catalana, con el inevitable nombre de centristas, puede cobrarse, como se adivina, algunas víctimas en su camino. Lo que no parece tan seguro es, sin embargo, que todo el mundo esté convencido de que la operación se siga con extraordinario interés por todos los telescopios de largo y corto alcance del conservadurismo, que tienen también una mirilla en cafeterías y cuarteles. ■